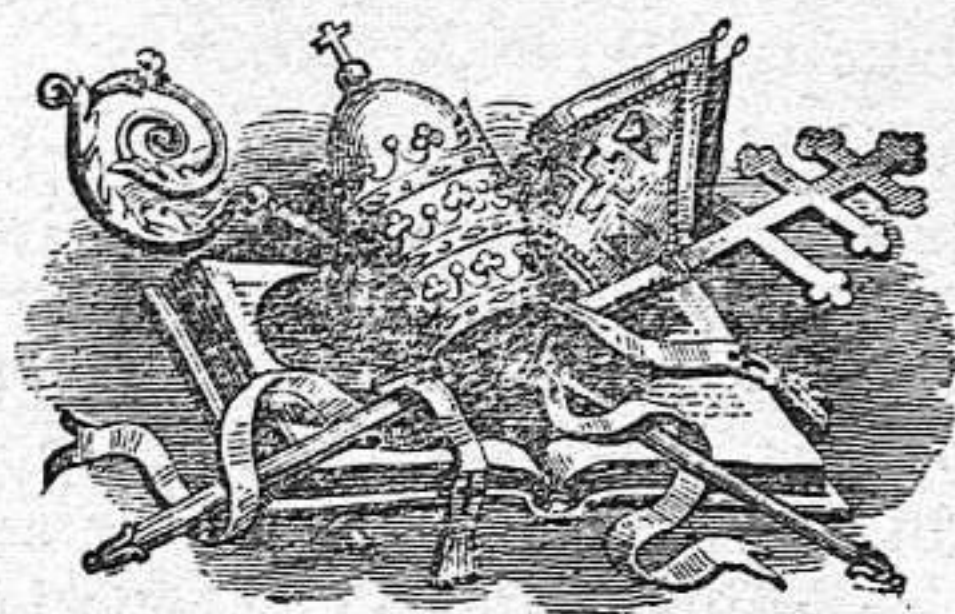




BOLETÍN ECLESIAÍSTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SUMARIO:—Sentencia importante sobre que no incurren en responsabilidad legal los sacerdotes que asisten á la celebración de matrimonios de reclutas disponibles militares.—Carta-relación de la Peregrinación del Arciprestazgo de Valdeorras al Santuario de Nuestra Señora de las Ermitas.—Solemne Triduo celebrado en la Sta. A. I. C. de esta Ciudad en los días 25, 26 y 27 de Octubre último.

MATRIMONIOS DE RECLUTAS DISPONIBLES.

Siendo muchos los Sres. Párrocos, que han manifestado deseos de conocer la Sentencia pronunciada por la Audiencia de lo criminal de Vitoria, publicada en 5 de Agosto de 1886, la insertamos á continuación para complacer al venerable Clero parroquial del Obispado.

« Sentencia importante

de la Audiencia de lo criminal de Vitoria, declarando no incurre en penalidad el Párroco que autoriza el matrimonio canónico del mozo á quien está prohibido por la actual ley de quintas.

Vista en juicio oral y público la causa procedente del Juzgado de instrucción de este partido entre partes el Ministerio fiscal y como procesado el Presbítero don Justo López de Arróyave natural de Guereña, célibe y vecino y Cura ecónomo de la parroquia de San Vicente Mártir de esta capital, con buena conducta, de cincuenta y dos años de edad; con instrucción sin apodo ni prece-

dentes penales y en libertad provisional, siendo ponente el Magistrado Sr. D. Demetrio de la Torre Villanueva.

»1.º Resultando: que embarazada M. P. A. bendijo su matrimonio canónico con el recluta disponible I. F. del Batallón depósito de esta capital y procedente del reemplazo de 1884, el procesado don Justo López de Arróyave, el 12 de Diciembre de 1885, siendo ambos sus feligreses, expedida por él la certificación oportuna se trascribió en el Registro civil de esta misma ciudad el 23 de Enero siguiente y sumariado aquel por la jurisdicción militar por haberse casado sin permiso de sus jefes, le absolvió el Consejo de guerra por no habersele leído las leyes penales por las fundadas razones que expresaron los Jefes de su cuerpo, según la sentencia del Consejo de Guerra: en ella se llamó la atención del Excmo. Sr. Capitán General del distrito respecto al señor López Arróyave que procedió en el citado matrimonio sin la licencia que se dice prevenida en la ley de reemplazos vigente, y citándose por el auditor la real orden de 5 de Agosto de 1882 y el artículo 493 del Código penal, se acordó la extracción de testimonio tanto de culpa contra el aludido párroco y se remitió al Juez Instructor que ha sustanciado el sumario: Hechos probados.

2.º Resultando: que el procesado afirma que en la convicción de que habia celebrado el segundo sorteo después del aludido reemplazo sin que para él hubiese responsabilidad y por las circunstancias de estar la contrayente en un periodo muy avanzado de embarazo; que en aquellos días cumplía el I. los dos años de recluta, y en vista de que las leyes y cánones que examinó no prohibían el matrimonio ni tenían impedimento y para legitimar la prole asistió á él creyendo cumplir un deber.

3.º Resultando: que aprobado el auto de terminación del sumario y abierto el juicio oral, el Ministerio Fiscal calificó los hechos de delito de celebración de un matrimonio ilegal definido en el art. 493 del Código penal en relación con el 9 de la ley de reemplazos y 12 del Reglamento de 2 de Diciembre de 1876, y Real orden de 5 de agosto de 1882, considerando autor al procesado apreciando las circunstancias atenuantes 1.ª, 3.ª y 8.ª del art. 9.º en referencia á la 11.ª del 8.º del mismo Código, é interesó para él la pena multa de ciento treinta pesetas con la consiguiente responsabilidad personal y costas causadas, lo que ha modificado en el juicio oral sosteniendo la calificación de los hechos autor y circunstancias genéricas 1.ª y 8.ª sin estimarlas como muy calificadas y solicita la pena de dos años y medio de suspensión en el cargo de Párroco en la Iglesia de San Vicente y pago de todas las costas según los artículos del Código que cita, sustituyendo la Regla 5.ª por la 2.ª del 82; y la defensa pretende la libre

absolución por no haber cometido su defendido delito alguno que en el Código tenga sanción penal.

»1.º Considerando que el artículo 493 del Código penal castiga al Juez Municipal que autorizase matrimonio prohibido por la ley ó para el cual haya algún impedimento no dispensable, con las penas de suspensión en sus grados medio y máximo y multa de 250 á 2500 pesetas; si el impedimento fuese dispensable las penas serán destierro en su grado mínimo y multa de 125 y 1250 pesetas:

»Considerando que no hay verdadera identidad ni completa analogía en las funciones del Juez Municipal y Párroco respecto á los matrimonios civil y canónico, ya porque aquel las ejerce directa y voluntariamente en el primero siendo el que autoriza, *mientras que el Párroco en el matrimonio canónico es tan solo testigo excepcional ó privilegiado siendo los contrayentes los ministros que lo pueden celebrar válidamente aun contra la voluntad del Párroco*, bastando su asistencia y presencia de testigo, según se desprende del Santo Concilio de Trento, ya también por el diverso carácter que tienen el matrimonio civil y el canónico; puesto que el uno es puramente un acto civil y el otro un Sacramento, existiendo por lo tanto diferencia innegable entre las funciones del Juez Municipal y el Sacerdote.

»3.º Considerando que las sanciones penales y las limitadas á determinadas personalidades son de interpretación restrictiva y no pueden aplicarse por extensión siquiera la razón de la ley fuera parecida, y en el hecho actual pugnaría en su caso el deber parroquial con el legal.

»4.º Considerando que no habiéndose expresamente previsto entre las prescripciones del Código penal vigente el hecho materia de este proceso, no puede penarse, y que al designar el artículo 493 al Juez Municipal que autorice matrimonios prohibidos por la ley ó para el cual haya algún impedimento no dispensable observando la fecha del Código y de la ley de matrimonio civil, y teniendo en consideración la letra y espíritu del repetido Código y su sentido jurídico, aparece indudable que la penalidad se impone por infracción de una ley que si el transgresor había de ser el Juez Municipal esta sería la citada de matrimonio civil ajená por completo á las funciones parroquiales; siendo de todos modos necesario para que exista acto punible que se obre contra ley, carácter que no alcanza la Real orden, *teniendo los Párrocos en materia matrimonial que atemperarse al Santo Concilio de Trento que es ley del Reino*:

5.º Considerando que el Código penal, ley sustantiva no puede modificarse ni ampliarse por una Real orden, máxime para es-

tablecer penalidad general ordinaria, ni por ella puede entenderse el art. 7.º inaplicable al caso de autos:

»6.º Considerando que además de la repetida Real orden de 5 de Agosto de 1882 no está publicada en la *Gaceta*, *Boletín Oficial* ni en la colección legislativa, siendo la promulgación absolutamente precisa para la eficacia de las leyes y demás disposiciones gubernamentales de carácter general, sin que obliguen hasta que se insertan en la referida forma oficial, por lo cual la mencionada Real orden de carácter penal y dirigida á la Diócesis de Coria es inaplicable en este proceso:

»7.º Considerando que según el artículo 1.º del Código penal, solo son delitos ó faltas las acciones ú omisiones voluntarias penadas por la ley, sin que pueda castigarse, á tenor del ar. 22, como delito ó falta hecho alguno con pena que no se halle establecida por la ley anterior á su perpetración, y como *la ley de reemplazos en que se prohíbe el matrimonio á los reclutas disponibles dentro de los dos primeros años de esa situación, no señala penalidad por su trasgresión*, y el art. 166 del Código penal del Ejército, que establece pena para el recluta que se case dentro del periodo mencionado, *no la señala para el Párroco que intervenga en el matrimonio, y, finalmente, el Código penal común tampoco señala pena por ello, ni comprende siquiera el hecho origen de la presente causa, es incuestionable que no se puede castigar al procesado por una acción que no se halla comprendida en el Código ni tiene en el mismo penalidad marcada*:

8.º Considerando que la acusación habiendo pedido en su primer escrito de conclusiones se impusiera al procesado la pena de multa, modificó esta pretensión en el acto del juicio oral, pidiendo se impusiera á don Justo López de Arróyave la pena de suspensión en el cargo de Párroco en la iglesia de San Vicente por el tiempo de dos años y medio, invocándose el art. 493 del Código penal, sin solicitar en sus conclusiones definitivas la imposición de la pena de multa que juntamente con la suspensión señala el artículo invocado; siendo en todo evento legalmente imposible á la Sala acordar la suspensión en los términos que se pide, porque el cargo de Párroco de San Vicente, teniéndolo don Justo López de Arróyave, por la Iglesia, no puede por sentencia en causa criminal suspendersele de él, según explícitamente lo consigna el art. 40 del Código penal vigente:

»9.º Considerando que no constituyendo delito el hecho por que se ha procesado á don Justo López de Arróyave, en el estado en que se halla la causa solo procede y puede acordarse la absolución libre, declarando de oficio las costas causadas que nunca pue-

den imponerse á los procesados que fueren absueltos, según el artículo 240 de la ley de Enjuiciamiento criminal.

»Vistos los artículos 1, 22, 40 y 493 del Código penal y sus demás concordantes, Decreto de 28 de Noviembre de 1837 y los artículos 147, 239, 240, 741 y 742 de la Ley de Enjuiciamiento criminal:

»FALLAMOS: que debemos absolver y absolvemos al Dr. don Justo López de Arróyave, y declaramos de oficio las costas. Devuélvase, así que sea firme esta sentencia, al mencionado don Justo López de Arróyave las mil pesetas que consignó en este proceso y depositó el actuario don Manuel Pereda en la sucursal del Banco de España de esta ciudad.

»Así por esta nuestra sentencia definitivamente juzgando lo pronunciamos, mandamos y firmamos.—Francisco Camarero, Demetrio de la Torre, Sebastián Abreu.»

Acerca de esta sentencia dice el *Boletín Eclesiástico* de Valladolid, lo siguiente:

«Habiéndose observado que ninguno de los *Boletines Eclesiásticos* que publicaron esta sententencia, consignaba su fecha, se preguntó al Sr. Fiscal eclesiástico de Vitoria, quien contestó con fecha 29 de Noviembre de 1886, lo siguiente:

»La causa contra D. Justo López de Arróyave se vió en juicio oral y público el día 3 de Agosto, y el día 5 del mismo mes se publicó la sentencia absolutoria.

»El Sr. Fiscal interpuso recurso de casación en tiempo y forma y con fecha 16 de Setiembre el Excmo. Sr. Presidente del Tribunal Supremo dirigió una comunicación al Sr. Presidente de esta audiencia, manifestándole, «que, por auto de 9 del mismo mes la Sala de vacaciones del Tribunal Supremo ha tenido por desistido al Ministerio Fiscal del recurso de Casación que habia preparado contra la sentencia dictada por la de lo Criminal de dicha Audiencia contra D. Justo López de Arróyave *por autorizar matrimonio prohibido á un recluta disponible.*»

»Por consiguiente, desde esta fecha se declaró firme la sentencia. También el día 3 de Setiembre se celebró el juicio oral de otro de la misma naturaleza contra Don Emeterio Abechuco, Párroco de San Miguel de esta Capital, y el día 7 del mismo mes se publicó la sentencia tambien absolutoria y se declaró firme por no haber interesado recurso de casación».

Tenemos mucho gusto en insertar la siguiente carta relación de la

«PEREGRINACIÓN
*del Arciprestazgo de Valdeorras
al Santuario de Ntra. Señora de las Ermitas.*

Está situado el Santuario de NUESTRA SEÑORA DE LAS ERMITAS, en el fondo de una estrecha encañada del río Vivey, rodeado de altísimas montañas, estribaciones de la sierra Segundeira y ramificación de la cordillera Cántabro Pirenaica.

Pertenece á la jurisdicción eclesiástica de la diócesis de Astorga, de cuyo Sr. Obispo es patronato; y en lo civil y judicial, al partido de Viana del Bollo, provincia de Orense.

La devoción hacia la milagrosa imagen de NUESTRA SEÑORA DE LAS ERMITAS, se sucede por una continuación de más de *tres centurias*, en cuyo tiempo la piedad de los fieles ha hecho nacer, como por encanto, en tan agreste sitio un valioso *Santuario*, en el que, si no se admira la belleza arquitectónica, puesto que casi toda su construcción pertenece al género churrigueresco propio de la época de su fundación, muy rico en ornamentación y detalles, pero falto de plan y regularidad, se advierte lo atrevido de la construcción; pues para hacer el templo, plazuela y dependencias han tenido que buscar su cimentación á orillas del río Vivey por una sucesión de múltiples arcadas.

No puede V. figurarse, Sr. D. Pedro, el número de votos y grande veneración que en este país y comarcas se tiene á tan insigne *Imagen*; puesto que es muy frecuente en todas estas aldeas invocarla en todos los peligros de la vida.

El espíritu de indiferencia de la época y los malos principios de la educación moderna, han hecho que la devoción á estos santos lugares haya disminuido; sin embargo, queda todavía en los corazones de los católicos algo del religioso fervor con que nuestros antepasados visitaban estos santos lugares; y parece que en estos últimos suspiros del *ateo siglo* en que vivimos; este fuego encubierto por las cenizas del pasado, se aviva y parece levantarse potente como en los primeros siglos de la Iglesia, devorando las semillas del racionalismo para perecer á manera del Fénix mitológico más deslumbrador, si cabe, que en aquellos memorandos tiempos.

Las peregrinaciones iniciadas en la actualidad á los santuarios mas venerados de la cristiandad, la propaganda por medio del libro, el folleto y el púlpito, las misiones y hasta la misma prensa católica, han comprendido lo útil que es llevar á cabo manifestaciones, que, levantando el espíritu católico, con-

trarresten los venenosos efectos de las impías predicaciones del protestantismo; las cuales no solo han invadido los grandes centros de población, sino los más humildes vulgos de nuestros campos.

El pintoresco valle de Valdeorras no podía, ni debía ser el último en hacer pública ostentación de su arraigado catolicismo.

En efecto, el día catorce del presente Octubre y presidida por el *Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Grau y Vallespinós*, Obispo de Astorga, salió la *Peregrinación* del arcipresazgo de Valdeorras.

Ya en el día anterior, y tren correo de la tarde, había llegado S. E. á la estación de la Rua-Petín, acompañado del M. I. Sr. Provisor de la Diócesis y dos peregrinos más de su palacio, hospedándose dichos señores en la Rectoral de la Rúa, punto donde se habían de reunir los peregrinos del Valle-alto.

Eran las diez de la mañana del día catorce, en que salieron los peregrinos de la Rúa; una mañana espléndida y cielo hermoso había sucedido á los días tempestuosos de la semana, y parece que la *Santísima Virgen* había disipado las torvas nubes, para que los peregrinos de Valdeorras pudieran ir á postarse ante su adorado altar, y pedirle la paz de sus conciencias; la desaparición de la terrible plaga filoxérica que amenaza dejar en la miseria tan hermoso país, y acudir con sus oraciones ante el *trono de la Madre* del que todo lo puede, á fin de animar al atribulado *anciano* que rige la *nave de San Pedro*, envuelta en el proceloso mar de las mas encontradas pasiones del siglo actual; víctima de feroces insultos y, últimamente, vejado el día santo de *Pentecostés* por la erección de una estatua al maestro del materialismo mas grosero, adulador de baja ralea: al infame apóstata Giordano Bruno.

Hermoso era de ver el paso de la peregrinación por la carretera de Ponferrada á Orense, y mas tarde por el tortuoso y áspero camino que conduce á las Ermitas.

La inmensa multitud, cual inconmensurable serpiente, cubría las infinitas vueltas y recodos de que está erizado el camino.

Ancianos, jóvenes, niños y mujeres, todos con un orden admirable al lado de sus respectivos Párrocos y enseñas, iban rezando, unos el Santo Rosario, y otros, entonando hermosos cantos á la *Reina* de los Ángeles; los habitantes de los pueblos, por donde pasaban los peregrinos, ofreciéndoles agua y agasajándoles como podían: el alegre tañer de las campanas de las Ermitas, y esbeltas espadañas de que están salpicados estos lugares; todo esto hacía el cuadro mas encantador que V. puede imaginarse.

Después de subir la empinada cuesta de Portomorisco y en una pequeña esplanada, se dió orden para que los peregrinos hiciesen una frugal comida y pequeño descanso, verificado lo cual, emprendió de nuevo la peregrinación su accidentada marcha, aumentada por los habitantes de los cercanos pueblos que acudían á reunirse á los vecinos de Valdeorras, para participar con ellos las gracias espirituales concedidas á la peregrinación, siguiendo con el mismo orden y compostura hasta la Resurrección, punto donde los peregrinos descansaron de nuevo, y se prepararon para entrar en las Ermitas.

El peregrino que después de un viaje de largos días, divisa las anheladas torres de la ciudad *Eterna* y las altísimas de la Basílica compostelana, la Jerusalen de Occidente, puede apreciar la emoción que se retrataba en los semblantes de más de **ocho mil** peregrinos reunidos en el espacio antedicho.

Dada la orden de avanzar, estos hijos de Valdeorras, hijos también de la *Virgen María*, sabiendo cuan grato es á esta *Señora* las alabanzas tributadas á su divino *Hijo*, entonaron á una vez el hermoso himno al *Sagrado Corazón de Jesús*, y en los intermedios dieron entusiastas vivas á la Soberana *Virgen* de las Ermitas, *Sagrado Corazón de Jesús* y *Santísimo Padre, León XIII*; encontrándose con la procesión que salía del Santuario á recibirlos, la cual les acompañó, y juntos entraron en la iglesia, procediéndose á rezar el Santo Rosario; no sin que antes un coro compuesto de acordes voces y acompañado por las melodías del órgano diese la bienvenida á la peregrinación, y la presentase á la Excelsa *Virgen* de las Ermitas.

Apesar de la fatiga del camino y sin dar tregua al descanso sube á la Sagrada Cátedra el Sr. Arcipreste, *D. Víctor Fernández Prada*, y en pocas palabras, pero llenas de unción, saluda á la Soberana Imagen de las Ermitas en nombre de los peregrinos; y á estos les exhorta al recogimiento y á que durante los preciosos momentos de estar al lado de tan milagrosa Imagen, procuren corresponder con actos de verdadera y tierna devoción al objeto de la peregrinación.

Seguido del rosario, y previa la venia del Excmo. Sr. Prelado, subió á la cátedra sagrada el aventajado y celoso joven presbítero, *D. Nicanor Rodríguez Pérez*, cura regente de Petín, el cual con palabra fácil, después de dar noticia y orden de las funciones que se habían de seguir, pronunció un bellissimo discurso, haciendo remontar la antigüedad de la Iglesia Católica al principio de los siglos; y discurriendo por el campo de la historia de las cruzadas, peregrinaciones y demás movimientos de entusiasmo religioso, estableció exactos paralelos entre es-

tos y la peregrinación que se verificaba en aquel momento; demostró en elocuentes frases y redondeados períodos que la fé en nuestra España floreció en su plenitud desde la cuna de sus primeros pobladores; probó que esta misma fé es la salvaguardia de las naciones, pueblos y familias; y concluyó afirmando que sin ésta es imposible agradar á Dios.

Concluído el sermón, retiráronse los peregrinos á su albergue; y aquí es de admirar, Sr. D. Pedro, como tal muchedumbre se pudo colocar en tan reducido sitio y en las casas de los sesenta y ocho vecinos que componen el pintoresco á la par que accidentado pueblo, que rodea el Santuario.

Dicho Santo Templo estuvo abierto toda la noche, para que los peregrinos hiciesen sus votos y se encomendasen á la madre de las Misericordias. ¡Cuántas lágrimas, cuántas súplicas y promesas oyó tan amorosa Madre en aquella memorable noche....

Por la mañana muy temprano, las misas se sucedieron unas á las otras, algunas al aire libre; y toda la mañana el Santo Tabernáculo del altar principal estuvo abierto, habiendo recibido el Sacramento de amor más de **cuatro mil** personas.

A las diez empezó la misa solemne, exponiendo á S. D. M., y en ella y á su hora subió á la cátedra del Espíritu-Santo nuestro amantísimo Prelado. Le habíamos oído en la Puebla de Trives en dos días sucesivos de Corpus, y por más que en aquellos discursos nos reveló su gran sabiduría y sus dotes excepcionales de orador sagrado, este último discurso quedará grabado en la memoria de todos los que hemos tenido la inapreciable dicha de asistir, como peregrinos, á las Ermitas en Octubre, de mil ochocientos ochenta y nueve.

Empezó su Excelencia leyendo el telegrama que mandó á Su Santidad, pidiendo su bendición; y la contestación de éste fué motivo para que nos describiese las amarguras del *Solitario* del Vaticano, y la inmensa alegría que recibe con estas explosiones del sentimiento católico y amor á su venerable persona. Tuvo frases inspiradas de puro españolismo, al pedir para nuestra nación la satisfacción de tener en alguna de sus hermosas ciudades al sucesor de San Pedro; y concluyó con elevadas frases y magníficos conceptos, recomendando la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús. Sabíamos que en alguna parte se había llamado á nuestro Excmo. Prelado, el Obispo del Sagrado Corazón; lo había probado esculpiendo en medio de sus armas episcopales los Corazones de Jesús y María; pero en esta ocasión lo demostró supurabundantemente. Terminada la misa se hizo la consagración del Arciprestazgo de Valdeorras al Sagrado Corazón de Jesús.

Á seguida y para que los peregrinos pudiesen regresar á sus respectivos domicilios, en la plaza que antecede al Santuario, se improvisó un púlpito, al cual subió el virtuoso Arcipreste y párroco de la Rúa, Misionero apostólico y orador distinguido. Nada puedo decir de este señor iniciador de la peregrinación, después de mil contrariedades logró ver su santa idea patrocinada por su Prelado y los pueblos de su Arciprestazgo, reunidos en aquel Santo sitio.

Lenguaje escogido, pensamientos sublimes y retóricas frases, salieron de sus inspirados labios, demostrando en su hermoso discurso que la Religión Católica es y ha sido natural al hombre; destruyó con contundentes argumentos los sofismas del Protestantismo, haciendo ver cuan mal entendía el siglo la palabra libertad. Y hecha la profesión de fé por el mismo orador, que fué contestada por todo el auditorio, entre gemidos y sollozos, concluyó con conmovedoras frases de despedida á los peregrinos por pedir á nuestro virtuoso Prelado la bendición deseada.

Puestos de rodillas los devotos peregrinos, se procedió por nuestro venerable Obispo, desde uno de los balcones de la administración, á la anhelada bendición; y era de ver, Sr. D. Pedro, el religioso silencio que reinaba en la multitud; la cual recogía como valiosas perlas, las sacrosantas palabras que para estos fines tiene la Iglesia Católica dichas por nuestro noble Prelado; el cual después de esta ceremonia, dirigió á los circunstantes afectuosas palabras de despedida; finalizando esta santa peregrinación con calurosos vivas á la Religión, al Papa, Nuestra Señora de las Ermitas, á nuestro amantísimo Prelado, y á todos los peregrinos.

Réstame dar las gracias en nombre de los peregrinos de Valdeorras á los hospitalarios vecinos de las Ermitas, á los Reverendos Párrocos que al frente de sus respectivos feligreses, no perdonaron medio para proporcionarles albergues donde pasar la noche; y aún socorriéndoles de su bolsillo particular.

¡Hermoso ejemplo ha dado el Clero del arciprestazgo de Valdeorras en esta ocasión!

Al día siguiente se celebró dentro del Santuario una misa solemne en acción de gracias á la santísima Virgen, á la cual se dignó asistir también nuestro virtuosísimo Prelado. De nuevo sube á la Sagrada Cátedra el infatigable Arcipreste de Valdeorras; quien con la maestría que acostumbra á hacerlo, nos presentó en elocuente sermón las excelencias de la Virgen, la protección que ésta ha dispensado á la Iglesia de su Santísimo Hijo y principalmente á nuestra España. Logró apoderarse de

tal suerte de los emocionados corazones, que todo el auditorio derramaba abundantes lágrimas; nos recomendó la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y á ingresar en la tercera Orden de S. Francisco, como verdadero remedio de los males presentes.

El Señor haya aceptado las fervorosas súplicas de esta santa peregrinación y su Santísima Madre acoja debajo de su maternal manto á estos pobres y humildes peregrinos el día de la Justicia eterna.

Petín de Valdeorras, Octubre 24 de 1889.

ADOLFO CASANOVA.»

SOLEMNE TRIDUO
EN LA SANTA APOSTÓLICA IGLESIA CATEDRAL DE ESTA CIUDAD,
EN LOS DÍAS 25, 26, Y 27 DE OCTUBRE ULTIMO.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, de acuerdo con su Excmo. Cabildo Catedral, deseando dar una vez más testimonio de su adhesión inquebrantable á la Cátedra de San Pedro, y en señal de protesta contra la injuria inferida al Pontífice Romano y á las conciencias honradas con la erección, en la Capital del catolicismo, de un monumento al panteísta y materialista, Jordán Bruno; para corresponder al ruego de nuestro Smo. Padre, el Papa, León XIII, manifestado en su Encíclica **Quamquam pluries**, de 16 de Agosto último, sobre que se invoque con gran piedad y gran confianza, al mismo tiempo que á la Virgen, Madre de Dios, á su casto Esposo, el bienaventurado San José, especialmente en el mes de Octubre y lo que resta de año, á fin de conseguir del Dador de todo bien los auxilios oportunos para superar las dificultades y persecuciones que actualmente sufre la Cabeza de la Iglesia católica; y en cumplimiento de lo preceptuado en la Circular de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, de 18 de Julio próximo pasado, que ordena se instruya al pueblo sobre la gravedad del crimen de que habla la Alocución Pontificia de 30 de Junio del corriente año, y se dispongan preces públicas y obras de saludable penitencia, con las cuales se repare la ofensa hecha á Dios nuestro Señor; dispuso que hubiese en su Santa Apostólica Iglesia Catedral los ejercicios siguientes:

Día 25. Misa con exposición de S. D. M., por la mañana,

después de la *Hora de Tercia*, terminando con la Reserva del Santísimo.

Á las 6 de la tarde empezó el rezo del Sto. Rosario, y á continuación se leyó la *Oración* á S. José, mandada por Su Santidad, predicando el M. I. Sr. Penitenciario de la S. A. Iglesia Catedral.

Dicho Ilustre señor Penitenciario, después de un exordio, en que expuso el estado moral del mundo, fijó su atención, de una manera especial, en el cautiverio de nuestro Smo. Padre, el Papa, León XIII, y en las causas que, á su parecer, lo motivaban. Creyó, y no sin fundamento, que estas eran el ser el Pontífice, Representante de la verdad en el orden religioso, como Vicario de Jesucristo en la tierra. Hizo al efecto consideraciones muy atinadas en su bien pensado discurso, que nosotros, aunque con temor de no abarcar todos los puntos, creemos puede condensarse en estas ideas.—El Papa simboliza la verdad, la justicia y el orden en el terreno religioso; y las sectas, el masonismo que hoy impera, significan la anarquía, el orgullo, la negación de todo lo bueno, de todo lo justo y de todo lo que lleva la sanción de los siglos; por esto la Iglesia es la vida, y la revolución es la muerte de las sociedades; por esto aquella conduce á la civilización y al verdadero progreso, esta al retroceso, á la barbarie, al estado salvaje: la una lleva consigo al unidad que todo lo aclara y todo lo simplifica; la otra importa la multiplicidad que todo lo confunde y enmaraña: la una es el reflejo de Dios, que es fuente de todo lo que engrandece; la otra es emanación de Satanás, que es sentina de todo lo que degrada: la una afianza á las sociedades, familias é individuos en su centro, que es la verdad católica, Dios mismo; la otra les empuja hacia la circunferencia, donde está el asiento del error y de la mentira, y desde donde les arroja á las insondables profundidades del abismo. Por esto, decía el Sr. Penitenciario, es odiado en nuestros tiempos el Papa; enseña la verdad y muestra el error allí donde se encuentra, y los hombres secuaces de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, no sufren los esplendores de la verdad, antes obstinados siguen la mentira. Y encarándose con los *bienhechores* de la humanidad, de cuyos labios penden constantemente las palabras «fraternidad, cultura, civilización y engrandecimiento del pueblo», les echaba en cara la falsedad de sus palabras, poniendo en contraposición los beneficios todos que hoy mismo, en medio de su pobreza y prisión, nos hace el Pastor Supremo de la Iglesia, á quien tanto se ultraja.

La consecuencia que dedujo de todo fué nuestra correspondencia á las bondades de Dios hechas por su Vicario, portándonos como verdaderos cristianos, uniéndonos al Papa en sus plegarias y poniendo en ejecución cuantos medios lícitos estuvieran en nuestra mano para socorrerle en las circunstancias actuales, sin excluir la petición de su Poder temporal inicuaamente arrebatado.

Por último, nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo dió al pueblo su Pastoral bendición.

Día 26. Iguales ejercicios que en el anterior, versando el discurso sagrado del M. I. Sr. Magistral sobre la necesidad de avivar nuestra fé en estos días de racionalismo intelectual, consecuencia del racionalismo religioso práctico, y otra de las causas por que hoy sufre la iglesia en su Cabeza visible. Perfectamente deslindó el Sr. Magistral los dos órdenes, natural y sobrenatural: con breves, pero bien trazados rasgos filosóficos, describió lo que ha dado de sí la razón humana abandonada á sus propias fuerzas y sin el auxilio especial de la revelación: cuán grandes fueron los errores de los más renombrados filósofos de la antigüedad, Sócrates, Platón, Aristóteles, Pitágoras, Cicerón y otros muchos, acerca de la religión y buenas costumbres, pudieron verlo los que tuvieran ojos en el entendimiento. De aquel mal no están exentos los hombres de ciencia modernos; y, al efecto, preguntaba: ¿Qué son en el fondo los progresos de las ciencias? La multiplicación de incógnitas y misterios. Espíritu, materia, éter, espacio, tiempo, calor, luz, vapor, electricidad, unión del alma con el cuerpo, germinación de la planta y el arbusto, ¿qué son?; ¿nos lo ha explicado alguno de tantos despreciadores de nuestra Santa Fé? Y si hay misterios en el orden natural, ¿no los habrá también en el sobrenatural? De aquí deducía la necesidad de la adhesión á la fé católica, al principio de autoridad, personificado en el Prisionero del Vaticano.—Nosotros juzgamos que todas las pruebas aducidas pueden reducirse á estas tres clases. La primera, que llamaremos *real*, demostrada por las aberraciones humanas, en el mundo pagano y en el cristiano, que prescinde de la fé. La segunda, que apellidaremos *ideal*, en cuanto que el hombre tiende á lo verdadero y á lo bueno, en los cuales se aquieten las aspiraciones de su espíritu; lo que nunca podrá conseguir sin la fé católica, que le muestra á Dios como verdad suma y bondad infinita. Y la tercera, que diremos *unitivo-ideal*, ó sea el *camino* para alcanzar la segunda; y este camino no puede ser otro que el trazado por Jesucristo, Hijo de Dios vivo y Dios ver-

dadero, fundador de la Iglesia católica, que dijo de sí mismo: *yo soy el camino, la verdad y la vida*. De tal modo que la Iglesia tiene por participación divina estas cualidades que á su fundador le son esenciales. Y como el hombre está sujeto á las leyes que al Supremo Hacedor plugo prescribirle, lógicamente se deduce que debe someterse á la ley intelectual que, por la Iglesia, le muestra la verdad, así en el orden especulativo como en el práctico: que debe rechazar lo que la Iglesia, el Papa, y los demás Superiores puestos por Dios para guiarnos en el camino de salvación, nos mandan, cumpliendo con fidelidad sus preceptos. Parecíamos, por último, que señalaba la causa de este racionalismo intelectual, con palabras idénticas á las que S. Agustín dirigía á los racionalistas de su época: «Para llevaros á reconocer la necesidad del mediador Jesucristo, escribe (en el libro X, cap. XXIX, 2, de Civit. Dei), fuera preciso inspiraros una virtud que es difícil hacer entrar en vuestra mente, la humildad. ¿Por qué rechazais la fé cristiana en nombre de la razón? Hé aquí la causa: Cristo es humilde, y vosotros soberbios. Hombres sabios, os avergonzais de convertirlos de discípulos de Platón en discípulos de Cristo.»—Terminó recomendando la obediencia pronta y filial á las disposiciones de la Iglesia y de nuestros Superiores.

Al fin de lejercicio, S. E. I. tuvo á bien dar al pueblo, su bendición Pastoral.

Día 27. Después de la *Hora de Tercia*, fué la Misa solemnísimá, con exposición de S. D. M., y asistencia de las autoridades locales, invitadas al efecto, corporaciones, centros de enseñanza y gentío inmenso de fieles, predicando nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo.—En qué consiste la libertad y cuales sean los caracteres manifestativos de la misma en el orden social y religioso, fué, según entendimos, el tema desarrollado por S. E. I., con el acierto y elevación de conceptos que le son habituales. Definida la palabra «libertad,» que no puede ser otra cosa que la facultad de elegir, previo el juicio práctico de la razón, los medios mas proporcionados á la consecución del fin respectivo; y supuestos los lazos que unen al hombre con Dios, consigo mismo y con sus semejantes; facilmente dedujo S. E. I. los deberes que tiene el hombre, ya se le mire como individuo particular, ya formando parte de las sociedades doméstica y civil, ya, por último, como miembro de la Iglesia católica. Con claridad grandísima expuso estas relaciones y deberes humanos, mostrando que la libertad consistía en la perfección respectiva de cada uno de estos órdenes, no en la destrucción, obstáculos y desviaciones del fin correspondiente. Con tanta mas ra-

zón cuanto que la libertad es propiedad exclusiva del ser inteligente y como tal racional. Así, decía S. E. I., la libertad, este elemento de perfección para el hombre, debe aplicarse á lo verdadero y á lo bueno. Y la esencia del bien y de la verdad no puede cambiar á gusto del hombre, sino que permanece siempre la misma, como la naturaleza de las cosas. Si la inteligencia se adhiere á falsas opiniones, si la voluntad elige el mal y á él se apega, si no alcanzan su perfección una ni otra, ambas á dos decaen de su nativa dignidad y se corrompen. No es, pues, perfección, sino defecto de la libertad, poder obrar contra la razón y apartarse del fin, á la manera que no es mas perfecta la razón que puede deducir consecuencias falsas que la que no puede deducirlas.—De aquí puede colegirse que no es ejercicio de la verdadera libertad, sino abuso, infracción de ley, pecado, cuando el hombre obra algo que tiende á la destrucción de su ser físico ó moral, cuando perturba las armonías de las sociedades paterna y civil, cuando no se somete á las prescripciones del poder espiritual en lo que atañe á la vida futura. Y si algunos hombres están expuestos á elegir mal, y hasta á elegir su ruina, la Iglesia y el Estado, lejos de atentar contra su libertad, la auxilián cuando con saludables penas previenen sus extravíos. Y si hombres perversos tratan de propagar el error y fomentar el vicio, por medio de la palabra, por la prensa, ó valiéndose de los adelantos materiales modernos, la Iglesia y el Estado, en vez de violentar el libre albedrío, lo defienden y ayudan cuando castigan á los seductores. Porque esa no es la libertad de la inteligencia, añadía S. E. I., sino la esclavitud; esa es la servidumbre de la razón y el imperio de las pasiones. Sobre este asunto se extendió S. E. I. en oportunas consideraciones.

Si, pues, la libertad debe entenderse como dejamos expuesto, no se diga que nosotros somos enemigos de la libertad, añadía S. E. I. Al contrario; el Papa, los Obispos, el Clero y los verdaderos católicos son los defensores de la libertad; porque la libertad es la verdad que nos conduce á Jesucristo. Sí; la libertad de la verdad y del bien no tiene asiento mas seguro que el del Santuario de la Iglesia católica: léanse las Encíclicas de los Papas, en especial del sapientísimo León XIII; consúltense los documentos emanados de la Potestad episcopal; examínense las producciones literarias del Clero y de los seglares católicos; y habrá que admitir que cuanto fuera de la Iglesia católica se llama libertad está destituido de los caracteres propios de esta.—A la luz de estos principios se ven claros los hechos escandalosos que han tenido lugar en Roma con la erec-

ción de una estatua al impío Jordán Bruno: pueden verse también otros que á menudo acaecen en los países que se llaman civilizados.

Por último, terminó S. E. I. inculcando la obediencia á las autoridades puestas por Dios para ser nuestros guías, sin dejarnos esclavizar de las pasiones, ora se llamen soberbia, ora se las conozca con el nombre libertad individual, si queremos tener la libertad que nos dió Jesucristo.

Terminada la Sta. Misa, se hizo por el M. I. Sr. Doctoral la renovación de la consagración de los fieles al Corazón de Jesús y se recitó la Oración á S. José aprobada por Su Santidad, dando al fin S. E. I. la bendición al pueblo, con el Santísimo Sacramento.

Por la tarde, previos los ejercicios de costumbre, predicó el M. I. Sr. Lectoral, sobre el significado de los acontecimientos que habían tenido lugar en Roma desde la entrada de las tropas piamontesas por la brecha abierta en la Puerta Pía, hasta nuestros días.

Tomando por lema las siguientes palabras: «Cum autem videritis abominationem desolationis stantem ubi non debet, qui legit, intelligat,» juzgó conveniente llamar la atención de su auditorio acerca de los signos que han de preceder al fin del mundo, por si tuvieran algún parecido los que hoy presenciemos.

Aunque pudiéramos apuntar brevemente el extracto de su discurso, nos abstenemos de hacerlo, porque no podemos indicar, ni el Sr. Lectoral tampoco los expuso, los argumentos todos que tiene á su favor. A más de que esperamos anunciar en breve la terminación del opúsculo que tiene en prensa; y en las 400 páginas, en 4.º, de que constará, demuestra el Sr. Martínez no estar destituido de fundamentos sólidos para opinar de aquella manera.

No terminaremos la relación de estos ejercicios sin consignar que el pueblo astorgano dió una prueba mas á las muchas que tiene dadas de su adhesión á la Silla Apostólica, tomando parte en los sufrimientos que hoy padece el magnánimo León XIII, y elevando fervientes súplicas al Señor por la libertad de su Vicario en la tierra, por quien daría, si fuera necesario, su vida y haciendas.